

Capítulo 92 - - Ella Que Trae la Noche - Una Guía Práctica de la Hechicería [Libros 1-4, Recortando el 3 de julio]

- Capítulo 92 - - Ella Que Trae la Noche - Una Guía Práctica de la Hechicería [Libros 1-4,
Recortando el 3 de julio]

Capítulo 92 - - Ella Que Trae la Noche - Una Guía Práctica de la Hechicería [Libros 1-4, Recortando el 3 de julio]

Thaddeus

Día 21 del mes 1, jueves, 8:15 a.m.

Las cejas de Tío Tito se levantaron ante la repentina solicitud de Thaddeus de acceder al padre de la Reina Cuervo, pero agitó la mano con magnanimidad. “Por supuesto. Hemos revisado todos los métodos posibles para hallar las incoherencias en su historia, pero hasta ahora no hemos tenido éxito. ¿Ha sido inspirado con algún nuevo enfoque que podamos probar?”

“Necesito ver todos los registros de su interrogatorio y los informes de exámenes, desde el principio,” dijo Thaddeus en lugar de responder.

“Debo informar al Alto Coronal más tarde hoy. Por favor, avíseme si encuentra algo de interés, Thaddeus. Me gustaría poder darle al menos algunas noticias positivas.”

Thaddeus asintió, y Tito asignó a Kuchen para que lo acompañara a la sala de registros. Dos horas después, Thaddeus había revisado cada informe del expediente de investigación de la Reina Cuervo, que contenía poco que no supiera ya, o al menos sospechara. Ennis Naught estaba diciendo la verdad, aunque no quisieran aceptarlo.

Las autoridades no cometieron errores evidentes ni omisiones, pero algo en el rompecabezas parecía faltar. Si Ennis Naught decía la verdad sobre su hija, entonces ella no podía ser la Reina Cuervo. Buscaron signos de que la memoria del hombre hubiera sido manipulada y no encontraron ninguno, aunque ese tipo de cosas podía ser muy sutil. Naught creía, y parecía que era cierto, que tenía una hija, y esa hija era la misma que llegó a Gilbratha con él. Él creía que había robado el libro por impulso, por ira.

Y, sin embargo, tenían informes directos de las hazañas de la Reina Cuervo. Varias personas que rastrearon desde su infancia confirmaron que ella coincidía con la apariencia de Siobhan Naught. Excepto, por supuesto, por los nuevos informes de sus plumas rojas y negras en crecimiento y la insistencia de la pitonisa del Piara de Pesadillas de que ella era un ser inhumano.

De esa manera, Thaddeus normalmente supondría que la identidad de Siobhan Naught había sido robada, y que los huesos de la verdadera muchacha estaban siendo devorados por insectos en algún lugar. Para comprobarlo, las autoridades habían conseguido permiso para realizar una prueba de linaje usando un poco de cabello de Ennis Naught, intentando ver si tenía descendientes vivos. La hechicería de adivinación, que tardaba semanas en dar resultados, mostró varios posibles descendientes, aunque los resultados eran bastante poco confiables. Al parecer, el hombre había impregnado a varias mujeres en todo el país durante su vida, aunque Siobhan era su única descendiente legítima y la única que Naught conocía. La hechicería solo sugería la existencia de otros con su sangre; no permitía rastrear a ninguno de sus hijos sin un conocimiento más claro de quiénes eran. Se usó un hechizo separado en una gota de sangre recuperada para confirmar que la Reina Cuervo era uno de ellos.

Aunque en circunstancias normales eso habría sido una prueba concluyente, en este caso Thaddeus aún dudaba. Algo le parecía extraño en toda la historia. Algunas piezas encajaban siguiendo ciertas teorías, pero ninguna teoría lograba que todas las piezas encajaran.

El hecho de que la Reina Cuervo se hubiera comunicado con Ennis Naught dos veces después del robo y su encarcelamiento solo aumentaba la ambigüedad. Aunque las razones que Naught dio para las visitas parecían sospechosas, insinuaban que la Reina Cuervo, ya fuera que realmente hubiera sido Siobhan Naught o no, sentía algún tipo de vínculo con él. Thaddeus consideró la posibilidad de que sus intentos de contactar con el hombre fueran pistas intencionadas —o señuelos para desviar a los investigadores—, pero también era consciente del riesgo constante de atribuir demasiada astucia o propósito a la Reina Cuervo, un sesgo al que muchos ya habían sido propensos.

No, había algo que les faltaba. Thaddeus leyó la nota de investigación sobre Ennis Naught, quien aparentemente había entregado un anillo de celereo-ásimo como prenda a una de las ramas de la Familia Gervin, como garantía por el matrimonio de su hija... si bien ella traía junto el libro robado, claro.

Thaddeus casi se ríe en voz alta ante la audacia de la Familia Gervin. Los Gervin actuaron con prontitud, antes de que se revelara por completo la magnitud de lo que enfrentaban, y, por suerte para ellos, no tuvieron la oportunidad de cumplir con su acuerdo. Incluso si la Reina Cuervo no lograba dominarlos, la Alta Corona quizás no miraría con buenos ojos lo que podría considerarse una subversión de una investigación criminal, o incluso un intento directo de debilitar su autoridad.

Aún así, Thaddeus tomó nota de decirle a Titus que vigilara sus movimientos. Aunque no tuvieran intención de sobrepasar su rango, podrían convertirse en un objetivo futuro para la Reina Cuervo si ella realmente mostraba interés en ese Conducto. Maldita sea, ya podría haberse llevado ella misma sin que se dieran cuenta, si los rumores sobre sus habilidades fueran siquiera parcialmente ciertos.

Observó que los policías atacados por su criatura sombría mostraban ningún efecto residual, salvo pesadillas ocasionales, que podrían haber sido causadas por el estrés. Los trabajadores del almacén que le habían entregado gotas de su sangre parecían sanos en la última revisión en Harrow Hill.

Thaddeus también tomó nota de sus conexiones amistosas tanto con la Cornamenta Verde como con la Tropa de las Pesadillas. El líder de la Cornamenta Verde era un espectro metafórico, que solo aparecía usando una máscara y delegaba la mayoría de las operaciones en sus subordinados, pero Lynwood de la Tropa de las Pesadillas era accesible. Sin embargo, los informes indicaban que se negó a declarar ante los policías, incluso cuando lo trajeron para pasar la noche en una celda. La profecía de la Tropa de las Pesadillas mencionaba que la Reina Cuervo les había dado un don. ¿Qué les había otorgado ella y qué había recibido a cambio? ¿Acaso fue por este método que la Cornamenta Verde se alió con ella?

Habiendo obtenido toda la información posible de los informes, Thaddeus llamó a Kuchen, quien le facilitaría el acceso a la celda de Ennis Naught. Preferiría haber hablado solo con el prisionero, pero no tenía la autorización necesaria, y los registros debían mantenerse.

Thaddeus frunció el ceño al entrar en la celda. La vasija de Naught no había sido vaciada, y el olor a orina agria, heces y una acumulación rancia de sudor y suciedad del propio hombre sin lavar impregnaba el ambiente.

Naught se acurrucaba en un rincón sobre la delgada camilla, envuelto en su manta. No se parecía en nada a su hija. Ella era supuestamente de piel ocre con cabellera larga y oscura, evidencia de su herencia de los Pueblos, nómadas del norte que aún practicaban algunas de sus viejas magias esotéricas. Sin mencionar la presencia de plumas o la ausencia de iris.

Los ojos de Thaddeus se estrecharon al recorrer la piel pálida del hombre, su cabello rojo y la barba desaliñada. Los ojos pálidos y acuosos delataban la mente suave que albergaban. Thaddeus sintió cómo una idea se movía en el fondo de su mente, aún inmadura para comprenderla por completo.

“Ya no hablo más sin comida,” anunció Naught con voz ronca y petulante. “Y nada de esa papilla. Quiero carne, pan fresco y queso.”

Thaddeus consideró si sería mejor amenazarlo para que cooperara, pero otro aroma a suciedad que emanaba de él le hizo decidirse por el camino más sencillo. Se volvió hacia Kuchen, quien tenía una tienda en la cara y un pañuelo sobre la rostro, aunque por una vez no estaba tosiendo.

Kuchen asintió a uno de los guardias, quien se dirigió hacia la cafetería.

“¡Y una manzana!” exclamó Naught con entusiasmo.

Thaddeus miró con desagrado la única silla de la habitación. Sacando su Conducto y una de las piedras de bestia que siempre llevaba, lanzó un hechizo de limpieza rápida sobre ella. La madera se astilló ligeramente con la fuerza, pero la magia la dejó lo suficientemente limpia para sentarse. Indicó hacia el techo, y una pequeña y brillante esfera de luz apareció allí, iluminando el cuarto.

Naught parpadeó, desconcertado por la luminaria repentina. “Supongo que vienes aquí para hacerme más preguntas sobre esa chica ingrata, ¿no?”

“Siobhan. Tu hija,” corrigió Thaddeus de inmediato, con una repentina oleada de irritación.

Naught simplemente le dirigió una mirada silenciosa.

“Ella tuvo un poco de entrenamiento como hechicera, ¿verdad? ¿Con su abuelo?” preguntó Thaddeus.

“La chica fue aprendiz de él cuando cumplió once años. Le enseñó algunos trucos útiles antes de que él falleciera unos años después. Volví por ella — me costó mucho encontrarla — y después vivió conmigo durante seis años, en el camino, siendo útil con su taumaturgia, hasta que la llevé a Gilbratha para que estudiara en la Universidad y se convirtiera en una verdadera hechicera, como siempre quiso. He repetido esto tantas veces. Ella no actuaba raro, solo estaba emocionada, nerviosa. No me obligó a coger ese libro, aunque desearía mucho que lo hubiera hecho para que me dejaran en paz. No sé nada acerca de esa Reina Raven, pero lo más probable es que la chica solo esté jugando, haciendo trucos y espejismos, y cosas por el estilo. Quizá haya hecho algunas amistades poderosas. Ella estuvo conmigo en el camino, tomando lo bueno y dejando lo malo, ¿sabes?”

“¿Y su abuelo? ¿Tenía alguna conexión con personas sospechosas?”

“¿Quién sabe? El hombre vivía recluido en el bosque, cerca de un pequeño pueblo. No hablaba de su pasado. No pasé mucho tiempo con él. La verdad, no nos llevábamos bien. Kal no quería que me casara con su hija — pensaba que no era lo suficientemente bueno, por no ser hechicero. Me obligó a tomar el apellido de Miakoda, a casarme con la Gente en lugar de que ella se casara con alguien de fuera.”

“Miakoda, tu esposa. ¿Cuál era el nombre completo de ese Kal?” preguntó Thaddeus rápidamente.

“Raz Kalvidasan. Un viejo con un poco de jengibre.”

Thaddeus frunció el ceño, el nombre despertando en él una memoria que no lograba recordar claramente. Lo repitió en voz alta. “Raz Kalvidasan,” luego otra vez, con un acento sutil. “Raaz Kalvidasan. ¿Era un extranjero? ¿No era uno de la Gente?”

Ennis levantó las cejas. “Sí. Él adoptó a mi esposa cuando aún era joven. ¿Cómo supiste?”

Thaddeus se volvió hacia Kuchen. “El nombre del abuelo literalmente significa ‘sabio reservado,’ o algo parecido. Nunca fui fluido en el idioma, y han pasado años. Deberías que alguien investigue sobre él.” Resultaba interesante que un extranjero hubiera tenido en tan alta estima la sangre de la Gente. Volvió a dirigirse a Naught. “Cuéntame sobre las circunstancias de la muerte de ese Raaz Kalvidasan.”

“Oh, fue terrible. Todos en el pueblo murieron. Escuché que la Guardia Roja llegó, claro. Yo no estaba allí en ese momento. Solo supe después y fue entonces cuando regresé por Siobhan. El pueblo desapareció. Pasaron semanas, quizás meses, antes de que pudiera encontrar a la chica.”

Eso era bastante interesante.

Kuchen hojeó los papeles en su portapapeles. “¡No nos lo contaste! Nos informaron que una plaga exterminó el pueblo donde ella vivió en su niñez.”

—No dije que fuera una plaga. Dije que todos murieron, y tu interrogador no parecía estar tan interesado — afirmó el hombre, con su acento fortaleciendo su desdén.

—Deberías haberte dado cuenta de que esto nos interesaría. Podría ser información valiosa — La voz de Kuchen se quebró bajo la tensión de su indignación, y se vio reducido a un nuevo ataque de tos con flema.

¿Acaso la policía no pagaba lo suficiente al hombre para que viera a un sanador? Thaddeus dejó el hechizo de luz unos instantes y lanzó un hechizo de purificación en el aire. No quería contagiarse de lo que fuera que el investigador tuviera, estando en un espacio reducido con todos esos microbios.

Naught pareció temporalmente amedrentado por el parpadeo de la luz y la sensación de magia de esterilización que le atravesaba, pero se recuperó rápidamente. —Te he contado muchas cosas que no tenía por qué decir, y mira dónde me ha llevado toda esa colaboración — volvió a girar la cabeza y escupió en el suelo.

Asqueroso.

Kuchen tosió con tanta fuerza que no pudo replicar, pero lanzó una mirada severa por encima de su pañuelo.

—Continúa con lo que estabas diciendo — pidió Thaddeus, haciendo un gesto impaciente hacia Naught.

—Hmph. Bueno, finalmente encontré a Siobhan en un pueblo hace un par de días. Estaba en la cárcel local por robar y pegarle al hijo del panadero. Casi me trabo la lengua tratando de sacarla de ese embrollo. Ella fue... diferente, durante mucho tiempo. Un verdadero peso, para decir la verdad, pero era demasiado joven para casarse, ¿y quién tendría una chica así, incluso si fuera bonita? No hablaba, no practicaba magia, no podía dormir.

Thaddeus se inclinó hacia adelante con interés.

Naught continuó, con la mirada suavizada y vacía por la memoria. —No soy un monstruo para abandonar a mi propia hija, así que la llevé conmigo buscando a alguien que pudiera arreglarla. Tal vez unos dos años me llevó. Me llevó a la pobreza. No volvió a comportarse con normalidad hasta que supo que existía un hechizo que podía protegerla de las pesadillas. Y, en un parpadeo, empezó a hablar, a correr por los alrededores, practicando esas pequeñas trucos mágicos hasta que tuve que rogarle que parara. Pero, después de eso, ella se hizo útil dondequiera que íbamos. Me salvó en un par de ocasiones, para ser honesto. La chica nunca habla de esos momentos y, en cierto modo, también tengo la costumbre de evitar esos recuerdos. Pero te puedo asegurar que la Reina Cuervo no reemplazó a mi hija cuando tenía trece años. Viví con ella durante seis años más. La vi crecer. Habría notado algo — afirmó con firmeza.

Thaddeus se inclinó hacia adelante, fascinado. —¿Sabes algo más sobre por qué se convocó a la Guardia Roja en esa época? ¿Fue un aberrante?

—Ni idea. Todo se aclaró cuando llegué. El pueblo estaba vacío. Solo escuché rumores de los pueblos cercanos, y, claro, la Guardia Roja no sirvió de mucho. Me dijeron que probablemente mi hija estaba muerta y quemada. Pero no les creí — afirmó con convicción. —Y tenía razón. Me llevó tiempo, pero la encontré. La pequeña era toda una luchadora — añadió Naught con una ternura repentina.

—Solicitaremos sus registros — aseguró Kuchen a Thaddeus.

Thaddeus asintió distraído, aún observando a Naught. —¿Y qué hay de la madre de la chica? ¿Tu esposa?

El rostro de Naught se quedó rígido con nostalgia. —Miakoda fue la mujer más hermosa que he visto. Alta, esbelta —sus manos dibujaron en el aire la silueta de un reloj de arena—, y con una lengua afilada como un látigo. Era una bruja con un familiar demoníaco.

—¿Un demonio? ¿Un ser humanoide, sapiente, del Plano del Fuego? — aclaró Thaddeus. La gente suele usar mal esa palabra para referirse a cualquier criatura del Plano del Fuego, e incluso a veces a los otros Planos Elementales.

Naught asintió con la cabeza. “Sí. Se llamaba Paimon. Solo un pequeño, la mayor parte del tiempo.” Sostenía su mano a un pie del suelo. “Pero era poderoso y el travieso más divertido que hayas visto. La criatura siempre se metía en problemas o ofendía a alguien haciendo gestos rudos o soplando humo en su cara. Le gustaba comer su comida cruda—la cocinaba en su boca. Dormía en la chimenea.”

“Miakoda suena como una bruja poderosa, ¿verdad? Dijiste que murió cuando Siobhan era pequeña, ¿cierto?”

Naught se quedó sin aire, con la expresión de humor desaparecida de su rostro. “Sí, fue entonces cuando Kal acogió a la pequeña Siobhan.”

“¿Cómo ocurrió eso?”

“Íbamos en una caravana, viajando a Paneth para un espectáculo y para recoger suministros para Kal. Hubo una tormenta, una muy fuerte, y estábamos buscando refugio.” Naught tragó con dificultad y quedó en silencio.

Kuchen levantó la vista de sus notas. “¿Era un roca, correcto?”

Naught inhaló lentamente un suspiro lleno de peste y asintió. “Arruinados por la tormenta. Un bestia furiosa, con alas tan grandes que cubrían el cielo cuando bajó sobre nosotros, como las velas de un barco de muerte. Primero levantó uno de los carromatos, luego voló y lo lanzó sobre nosotros. Mató a un par de personas y asustó a los caballos terriblemente. Ahí fue cuando Miakoda y Paimon se enfrentaron a él. Intenté detenerlos. No podían enfrentarse a la vez al roc y a la

tormenta. Ella lanzaba llamas por doquier, con Paimon tan grande como un gigante. El pequeño murió protegiendo a Miakoda y a los demás... y ella se volvió loca.”

La voz de Naught era baja, marcada por el horror y la seducción. “Gritó con tanta fuerza, su voz llena de magia, que derribó al roc contra el suelo. Luego lo golpeó con un rayo. La luz de eso me cegó. Cuando pude volver a ver, ella caminaba tranquilamente, y el roc estaba humeando en el suelo detrás de ella, muerto. Ella me dijo que teníamos que regresar de inmediato, que el viaje se cancelaba. Pensé que solo estaba desconsolada por la pérdida de Paimon, pero algo andaba mal.” Naught tocó su cabeza. “Estaba mal aquí. Ella rompió algo. Cuando regresamos al pueblo, fue directo con Kal, pero ni siquiera él pudo salvarla.”

“Un esfuerzo que conduce a la muerte,” dijo Kuchen asintiendo. “Probablemente un aneurisma.”

“No,” negó Naught con la cabeza. “Fue la magia. Ella se suicidó lanzando magia.”

“Así es como sucede el esfuerzo excesivo,” dijo Kuchen lentamente, como si hablara con un niño.

Thaddeus se levantó, con escalofríos de excitación eléctrica recorriéndole los dedos. “Explícalo.”

“¿Es por eso que Kal no quería que me casara contigo, verdad?” dijo Naught con un encogimiento de hombros. “La línea pura de sangre Naught era demasiado buena para mí, supuestamente. Pero todo lo que hizo fue mantenerla viva un poco más después de perder a Paimon. No pudo salvarla de la enfermedad en su cabeza. Ella seguía lanzando, incluso cuando no lo necesitaba, incluso cuando sabía lo que le haría, solo por el placer de hacerlo. Ya no le importaba yo ni la pequeña Siobhan, solo la magia. No la vi cuando murió. Kal dijo que fue una misericordia. No hubiera reconocido su cadáver, y...” Naught estremeció y guardó silencio. “Bueno. Dejé a Siobhan con Kal, después de eso. Pero mi niña sabe que no debe lanzar sin su Conducto. Yo—no debería haber entregado el anillo a esa gente de la familia Gervin. Ella lo necesita, ahora, y ¿qué pasa si le sucede algo, como con Miakoda, porque no tiene el anillo?” Naught se hundió en sus rodillas, apretando la manta destartalada contra sus hombros.

Thaddeus estaba demasiado absorto en su propia felicidad para prestar atención al hombre. Siobhan Naught. Naught. Quizás una variante de “Nulo”. Había oído rumores, por supuesto, acerca de aquellos que nacían con las características de un Nulo, pero aún eran capaces de lanzar magia. Cómo lograban resistir la locura que acompañaba a lanzar a través de su propia carne y sangre. Era bastante claro que estos no eran simples mitos infantiles, pero había creído que todos los que poseían esa mutación específica habían desaparecido hace cientos, tal vez miles de años. La resistencia no implicaba una negación total, después de todo, y representaban una amenaza potencial poderosa tanto para enemigos como para aliados.

Tal vez los Naught habían logrado pasar desapercibidos, el secreto de los Pueblos los mantenía fuera de los registros modernos, conservando sus habilidades mediante un cruce cuidadoso o incluso en la endogamia.

O quizás los experimentos del Emperador de Sangre no habían sido tan infructuosos, después de todo.

Eso lo cambiaba todo.